

Testimonio de María Isabel “Chicha” Chorobik de Mariani

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional

8 de agosto de 2012

Programa de Derechos Humanos y Departamento de
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Chicha Mariani: Mi nombre es María Isabel Chorobik de Mariani, y todo el mundo me conoce como Chicha Mariani. Estoy buscando a mi nieta Clara Anahí Mariani desde el día en que desapareció, mejor dicho, fue secuestrada y la desaparecieron las fuerzas conjuntas de esta última dictadura militar. Clara Anahí vivía con su papá y su mamá. Su papá era mi hijo, Daniel Mariani, y la mamá, Diana Teruggi de Mariani. Ellos se habían casado hacía unos cuatro años, y no podían tener hijos por un problema de sangre RH negativo de Diana, pero al final nació, tan esperada, tan querida, la nena Clara Anahí el 12 de agosto de 1976, acá en La Plata. Vivían en la calle 30, número 1134 de la ciudad de La Plata.

Entrevistador: ¿Dónde nace Clara Anahí?

Chicha Mariani: En el Hospital... Hay una resistencia mía a nombrarlo increíble, porque me resisto a nombrar el instituto, incluso un día me tuvieron que internar ahí y me escapé a la madrugada del día siguiente, no pude soportar estar ahí. Está tan lleno de recuerdos, de tanto dolor, de tanta esperanza, de tantas frustraciones que hasta me olvido el nombre. Es el Instituto Médico Platense. Ahí nació.

Fue un día muy especial, mi marido en ese momento estaba en Europa; él es director de orquesta y estaba trabajando allá. Como sabíamos que iba a nacer Clara Anahí, dejó sus tareas allá y se vino a esperar a la nena. Nosotros vivíamos en la calle 44 y 21 de La Plata, y nos avisa mi hijo que está por nacer el bebé y no sabían si era nena o nene, que nos apuráramos. Así que sacó el auto mi marido, salimos corriendo, y al dar vuelta en una plaza le dije: "Apurate, apurate, es una nena", y me dice: "¿Cómo sabés que es una nena? ¿Quién te dijo?". Le digo: "Nadie me dijo, sé que es una nena". Así que corrimos como locos, llegamos, y estaba mi hijo sentado en una antesala en el hospital muy serio, muy pálido, solito. Le decimos: "¿Llegamos a tiempo?". "Sí, todavía no nació", dice, y le digo: "¿Por qué tenés esa cara?", y me dice: "¿Sabés la responsabilidad que es traer un chico al mundo en este momento?", y seguimos charlando.

Después nos llevaron a ver a la nena que ya había nacido, estaba bajo observación por el tipo de sangre hasta que le hicieran los estudios. No tenía problemas, la vimos a través del vidrio de la *nursery*. Yo esperaba que fuera tan bonita como era toda la familia, porque son toda gente muy linda. ¿Y qué veo? Que Clara Anahí tenía mi cara, la vi tan parecida a mí. No dije nada, y mi consuegra me dice: "Ay, Chicha, es tu retrato". "Podría haber elegido otro rostro", dije yo. Quería que se pareciera a ellos.

¿Y ahí se van de alta?

Sí, a la casa de la calle 30. Primero fueron a la casa de mis consuegros y se quedaron allí dos días, porque la partera que la atendió a Diana era quien había hecho nacer a Diana misma, o sea, era casi de la familia, entonces quería tenerla cerca, qué se yo. Así que se quedaron ahí dos días, y después se fueron a su casa propia. Allí, yo no sabía en ese momento, que tenían una imprenta oculta. Ellos pertenecían a la organización Montoneros.

¿Vos sabías de su militancia?

Sabía de su militancia más o menos. Empezaron a decirme algo y empecé a protestar como, creo, todas las madres de aquel momento, por miedo, y después de a poco me fueron diciendo, sin llegar a decirme sobre la imprenta en la que imprimían la revista *Evita Montonera*. Que fue la causa de su muerte imprimir eso, porque en el número anterior al ataque a la casa, o sea, el número de octubre del 76, publicaron que existían vuelos que tiraban gente viva al mar, y que existían campos de concentración, entre ellos la ESMA. Fue la primera vez que se publicó en ese entonces semejante cosa. Así que se encarnizaron hasta que encontraron la casa y la bombardearon durante cuatro horas el 24 de noviembre del 76.

¿Qué fuerza fue la que la bombardeó?

Todas. Estaba el ejército 7 de infantería, de acá de La Plata, aéreos, bomberos, todos los cuerpos de la Marina también, helicópteros, aviones y una impresionante cantidad de patotas con trajes comunes, generalmente campera y pantalón de jean. Fuerzas conjuntas. Y supongo que debe haber estado también algún capellán, porque a todo lo largo de la búsqueda de Clara Anahí y de toda la lucha, siempre aparece un capellán por ahí.

Rodearon la casa, muchos de ellos han declarado después, obligados por las circunstancias, por la tarea de los jueces. Hay un juicio abierto durante todos estos años, o sea, treinta y seis años. Así que algunos han dicho verdades, otros han dicho mentiras, pero unos dicen que hicieron un llamado antes para que salieran, por si había criaturas, eso no se oyó. Hay una grabación, me olvidé de contarles. Un chico del barrio, cuando empezó a escuchar los tiros —porque se oyó en toda la ciudad de La Plata el tiroteo—, colgó un micrófono en la pared de su casa hacia la calle y grabó la primera parte del ataque. Eso lo tengo guardado y lo he presentado también en la justicia. Bueno, un tableteo de toda clase de fusiles y demás bichos que yo no conozco el nombre.

¿Quiénes estaban en la casa?

Estaba Diana, que estaba sirviendo la mesa; la nena, por supuesto, con ella. Mi hijo no estaba porque se había ido al Consejo Federal de Inversiones en la Capital Federal, donde trabajaba, aunque estaba de licencia esos días. También tenían un emprendimiento de conservas de alimentos en la casa, y fue a hacer una entrega a Buenos Aires. Se fue a la una, mi hijo, y el ataque fue a la una y cuarto. Estaba también un joven que atendía la imprenta, que estaba justamente en la imprenta en el fondo de la casa con doble pared. Se llamaba Juan Carlos Peiris. Había otro joven, un profesor de humanidades, Roberto Porfidio, que murió en la casa. Estaba ahí refugiado porque acababan de matar a su mujer; había quedado él vivo y la nena de ellos, Cecilia, y los habían guardado en la casa de mis hijos hasta que encontraran una ubicación para ir a algún lugar. Su nena por suerte no estaba, la tenía una amiga fuera de la casa. Falta otro todavía, Mendiburu Elicabe, que era arquitecto, y estaba casi un poco por casualidad, pero era componente del grupo de ellos, y un médico joven, Juan Carlos Bossio, que casi diría fue a auxiliar a los que estaban defendiéndose y quedó allí.

Todos ellos murieron, menos Clara Anahí. Diana murió en el patio, saliendo de la cocina o el baño, y ahí está la duda. Hay dos versiones sobre Clara Anahí. La primera versión decía que había sido dejada en la bañera por Diana, como han hecho otros militantes con sus hijitos en un caso similar. Una versión dice que Diana la acababa de dejar tapada por colchones y la matan a Diana al salir de ahí, desde arriba del techo de los vecinos. Que estaban Etchecolatz, dos esbirros de él, y un muchacho Esconza, y ahí le tiraron a Diana y la partieron parece en dos, por la espalda la mataron, y cayó. Como decía, esta versión decía que a la nena la había dejado en la bañera, y la otra versión decía que la llevaba consigo y había caído sobre el cuerpito de la nenita, y se salvó, y la encontraron después bañada en sangre. Esa era la primera versión de veinte años atrás más o menos. Después apareció la otra, que la había sacado un soldado o uno de los primeros seis que entraron en el momento que terminaron de matar a todos, y que este soldado vio cuando la sacaba un personaje de civil. Pero esto merece un comentario aparte porque es nuevo. En esas dos versiones circulaba todo nuestro trabajo, en que si salió de allá, que si la llevaba con ella, que si quedó en la bañera, que adónde fue a dar, y todo lo demás; veinte mil versiones. Pero la realidad la sabemos ahora. Ahora en el mes de julio de 2012 tuvimos la suerte de tener éxito en la búsqueda que llevábamos de años, de un soldado que ya sabíamos antes que había estado en la casa, pero no conocíamos nada de él salvo que estaba en Bolivia y que era jugador de fútbol, arquero; era argentino. Lo buscamos por todos lados y de todas las formas posibles y nunca pudimos dar con él. Hasta que el 10 de diciembre del año pasado vino un sobrino de él a decirnos que por qué no le habíamos preguntado nada, que él sabía todo. Nos queríamos morir porque sabíamos que alguien había estado ahí, que era un soldado, y nada

más. Entonces, ¿cómo buscarlo? En una oportunidad él había venido de Bolivia y con su familia había ido a visitar la casa, y contaron que él estuvo ahí y no dejó su dirección.

¿Ahora lo ubicaron?

Lo ubicamos ahora, después del 10 de diciembre, que el sobrino vino a decirnos que él estuvo esperando siempre que lo buscáramos, que le hiciéramos preguntas. Se hizo todo un trabajo muy grande en este mes de enero, febrero, marzo, hasta lograr tener todo y tener su nombre, a quien agradeceré mientras viva, y aún después, por haber tenido al fin la valentía de declarar lo que lo tuvo sufriendo durante tantos años y él no se atrevía a hablar por amenazas, miedo.

Hace un mes, dos meses, yo hablé con él ya personalmente, desde acá yo y él desde Bolivia consintió, pero quería saber más. Entonces viajó de acá uno de los más queridos nuestros de la asociación, el doctor Liwski, hizo un viaje para hablar con él, decirle cómo estaban las cosas, que podía declarar, que íbamos a garantizar su seguridad, todo eso. Después pidió que fuera una abogada nuestra o un abogado para que le explicara bien cómo se hacía. Al final terminaron viajando el juez Rozanski, presidente del tribunal oral ahora, y su secretaria o secretario. Estuvo allí el cónsul de Brasil, hicieron una declaración por videoconferencia, y dijo que él vio sacar a Clara Anahí a quince centímetros de él, o sea, pasaron rosándolo con la nena en brazos. La nena iba envuelta en una cortina color fucsia con estampados verdes y castaños, y la llevaba un hombre alto de traje de jean que la sacó del fondo. Lo habían dejado a él como guardia cuidando la puerta con su ametralladora, y él sentía tanto tiroteo, tantos gritos, tantas cosas, pasaba el helicóptero, que se acercó al fondo y ahí vio lo que estaba pasando. Ahí lo encontró su jefe, que era el enfermero cabo Bazán del regimiento, y le dijo que se fuera adonde lo habían dejado de guardia en la puerta del garaje. Se fue y en eso sale este señor alto, flaco, con pelo con rulitos, que puede ser una peluca, y que la llevaba con mucho cuidado hacia la calle. Ahí en el mismo umbral apareció un hombre bajito, muy soberbio parece, muy petiso, que era el jefe del regimiento, el coronel Presti, y la toma en sus brazos a la nena ahí en la puerta, cruza la calle, y la pone en una camioneta azul del regimiento, donde hay un hombre al volante. Se acerca otro hombre, que la toma a la nena, y arrancan hacia adelante por la calle 30, como ya sabíamos, y desaparece.

Este soldado te ratifica la versión que vos venías denunciando sistemáticamente.

Sí, la del coronel Presti, que ya murió. Murió hace mucho. Desde ese momento que sacan a Clara Anahí de la casa hasta hoy, la han usado como instrumento de tortura para mí, porque no paré de correr detrás de ella dejando de lado todo. No creo que no haya pasado un día en todos estos treinta y seis años en el que no haya estado yo buscándola. Hasta cuando me despierto en la noche pienso en maneras, maneras y maneras.

Sigo con lo que pasó en la casa. Mataron a todos, llevaron en chapas a todos los muertos de la casa al jardín de la casa, los pusieron alineados. Esto lo cuenta un morguero, una ambulancia que tenían para morgue para transportar sobre todo los muertos, pero también heridos. Lo llamaron a declarar en el juzgado y dijo que los alinearon en el jardín, y los describió con la ropa que llevaban y todo. El juez le preguntó: "¿Había alguna criatura?". Él dice: "No, todos adultos". Del jardín lo transportaron a esa morguera y él los llevó a enterrarlos en el cementerio de La Plata, dijo. A Diana la fuimos a buscar con mis consuegros, para que nos dieran el cuerpo de ella al día siguiente, y el cuerpo de mi hijo. Después supe yo que mi hijo no estaba; no lo mataron ese día, lo mataron el 1° de agosto del 77, también en La Plata. Pero a Diana nos la negaron. Dijeron que no, que estaba quemada y que no podían entregarnos nada. Yo pregunté por la nena, por mi hijo, dijeron: "De su hijo quedaron los cristales de sus anteojos". Era mentira porque no lo habían matado. Y de la nena dicen: "¿Qué nena? No había ninguna nena".

Desde ese día, o sea, al día siguiente de ir a buscarla a la comisaría, la comisaría 5ta de La Plata, la estamos buscando. La negaron, no estaba en la casa. Todos los hábeas corpus, todas las búsquedas

que hice y presentaciones, días y noches buscándola por los barrios, por todos lados, siempre en ese momento dijeron: “No estaba en la casa”. Hasta a las Naciones Unidas, a la OEA, le contestaron que la nena no estaba en la casa y que habían muerto siete personas adultas. No es así, hasta ahora sabemos que eran cinco, salvo que haya algo oculto, que yo supongo que han traído a alguien más o había alguien que yo no sé. Costó mucho encontrar quiénes habían muerto ahí y cuántos eran. Hasta ahora, te digo: sabemos que eran cinco, pero se supone que pueden ser siete.

¿Hablaste con algún representante de la Iglesia?

Lo primero que hice. Creo que todas las madres y abuelas, parientes, primero recurrimos a la Iglesia, es adonde uno primero va. Hablé con tres obispos, arzobispos, pero lo que nunca conté, no me acuerdo haberlo declarado nunca, es esto que voy a decir ahora. Mi marido, que estaba en Italia en ese momento, se vino y me dijo: “¿Por qué no le vamos a preguntar al padre Colabella?”, que era el organista de la catedral, y como era músico y mi marido era músico eran amigos. Dijo: “Vamos a preguntarle y decirle que nos ayude”. Nos fuimos inmediatamente, nos atendió el padre Colabella, y nos dijo —y a esto yo no le di importancia en ese momento— que no podía hacer nada pero que sí podía ir a hablar con los pilotos de los Hércules que tiraban la gente al mar —esto era en diciembre del 76—, para ver si sabían algo. O sea, ahí nos estaba confesando que sabía de los vuelos. Yo lo pasé por alto porque me parecía que todos lo sabían, que sé yo. Bueno, por supuesto muy afligido por lo que nos pasaba, pero ahí quedó el padre Colabella. Después fui a ver a monseñor Picchi, que estaba con el entonces arzobispo Plaza. Plaza no me quiso recibir, y estoy sospechando recién ahora por qué no me quiso recibir. Creo que él sabía perfectamente lo que pasaba con la nena. Y su secretario o qué sé yo qué, que estaba en la Catedral también, era monseñor Picchi. Me mandó a hablar con él. No sacamos nada, me dijo que estaba bien, que no siguiéramos buscando porque estaba muy bien la nena, qué se yo. Fuimos a ver a monseñor... por suerte me olvido muchas veces el nombre de él, el capellán que estaba en la capilla de la Marina en Buenos Aires, no me acuerdo en este momento el nombre. Él dijo que la iba a conseguir para una semana después de que fuéramos a buscarla. Dijo que cómo no habíamos ido antes, que tendríamos que haber ido enseguida, y que él sabría, que tendría que buscarla pero que seguro que la iba a encontrar. Me preguntó cómo estaba vestida la nena, llenó una ficha, la puso en su fichero y nos dijo que volviéramos una semana después. Y le preguntó a mi marido: “¿Usted se la lleva?”, yo entendí “Se la lleva”, y le dije: “No, yo no me voy hasta que no encuentre a la nena”. Y me dice: “No, me refiero a las dos, si la consigo se las doy la semana que viene”. Bueno, volvimos a la semana, estaba enojadísimo, que dejáramos de molestar, que no fuéramos ahí a jorobar a la gente que tiene su trabajo y que la nena estaba muy bien, en una situación económica muy buena, que la iban a cuidar mucho y que nos dejáramos de entorpecer las buenas acciones de los militares. No volví nunca más.

Hay más sacerdotes también, lo de Colabella no lo había contado nunca, lo de Picchi sí, que al final no hizo nada, ¡y monseñor Montes! Unos amigos nuestros me hicieron acordar de monseñor Montes, de la Catedral también, que había casado a los chicos en la iglesia y que los había preparado. A ella la había bautizado, a Diana, y para el casamiento los había preparado a los dos, a Diana y a Daniel. Entonces fui, me atendió muy bien, le conté lo que pasaba, lo que me pedían, me dijo: “Bueno, perfecto, señora, cómo no”. Y yo me iba y le digo: “Pero no le dije el nombre”. Dice: “Sí, Daniel y Diana, cómo me voy a olvidar de ellos, con el tipo de casamiento que hicieron”. Volví unos días después y me echó de la iglesia, que por qué yo no me dejaba de molestar a la gente. “¿A qué gente?”, le dije. “A la que la tienen”, dice, “y a nosotros que tenemos otras tareas que hacer. Esa chica está bien, ha salido de un centro peligroso, ahora está bien, está segura”. Y le digo: “¿Qué tengo que hacer? ¡Es mi nieta!”, llorando yo. Y me dice: “Rece”. “No hago otra cosa que rezar, desciendo de un padre polaco, por lo tanto, la religión va dentro mío, aunque yo no quiera”. Y me dice: “Rece, rece”, y como yo le seguía diciendo lo mismo se levantó, se cruzó la sotana y dijo: “Salga, le falta fe”. Desde ese día no volví a la iglesia nunca más.

También había ido a ver al comisario que actuó en el ataque a la casa, de la comisaría 5ta. Eso fue lo primero que hice. El comisario Sertorio. Llevaba una carta de recomendación de una persona que lo

había criado, educado, a quién le debía todo Sertorio, y me recibió a mi sola, echó a toda la gente y me dijo que me iba a decir la verdad, pero que cuando yo lo dijera en algún lado lo iba a negar mientras él viviera. Y lo hizo, hasta la última vez que lo llamaron, ya próximo a morir siguió diciendo que admiraba mucho mi trabajo, mi búsqueda, a mí por lo tesonera, pero que él nunca me había recibido, que yo estaba confundida, y me negó todo. Lo que me dijo fue: "Búsquela por la ropa, porque ya le deben haber cambiado el nombre, la identidad y todo. ¿Se acuerda qué ropa tenía?". Le dije: "Sí, se la tejí yo así que sé lo que tenía puesto", y me dijo que entonces fuera a buscarla. Que me recibía por su amigo porque por mí, prácticamente me insultó. Él sentado, yo parada, todavía no me había acostumbrado.

Después fui al juzgado de menores. Por primera vez ahí encontré a la asesora Lydia Pegenaute que fue, yo digo, la creadora de Abuelas de Plaza de Mayo, porque ella me explicó que existían otras madres, otras abuelas, que yo no sabía nada, y que las fuera a ver. Le dije: "Bueno, deme la dirección de una"; eran dos las que ella conocía. Me dio la dirección de Alicia de La Cuadra, que fue como una bendición para mí porque hasta la muerte de Licha, hace dos o tres años, fue una amiga invaluable y juntas hicimos toda la labor de tantos años.

Ustedes fundaron Abuelas...

Claro. Entonces me fui a la casa de Alicia a pedirle que trabajáramos juntas, porque solas teníamos siempre las puertas cerradas. Hablamos toda la tarde, me explicó todo lo que pasaba y que yo no lo veía; quedamos en ir a Buenos Aires a una reunión que se hacía en la Plaza San Martín, con Cyrus Vance, que era el enviado de Carter, que venía a ver qué pasaba en la Argentina. Yo, que no sabía nada de todo eso, me fui. Tampoco me había ido a Buenos Aires sola nunca, siempre había ido con amigas, con mi marido en el auto, no sabía ni qué se tomaba para ir allá. Fuimos y me encontré con la sorpresa de ver un montón de mujeres todas juntas en un espacio, un montón de soldados con perros que olisqueaban por todos lados, y el Monumento a San Martín y el enviado de Jimmy Carter, Cyrus Vance, y de repente las madres que venían a traer una corona; entonces estaban todos los jefes ahí. Y los perros, yo siempre les tengo un poco de miedo a los perros, me inquietaban. De repente las Madres se pusieron los pañuelos y salieron corriendo a entregarle a Cyrus Vance su testimonio. A mí también me había dicho Licha que llevara un papel con la historia y lo que quería. Yo me quedé así con el papel (apoya un papel sobre su pecho) y no supe qué hacer, no me di cuenta que tenía que correr entre los perros y llegar hasta este hombre. Ya se iban y vino una mujer corriendo, ya se habían enterado todas que yo era nueva y que iba por primera vez, y me dijo: "¿Entregaste tu testimonio?", le dije: "No" y me lo arrancó de las manos y salió corriendo para entregárselo a Cyrus Vance. Esa mujer supe después que era Azucena Villaflor, la famosa Madre desaparecida. Ese es el recuerdo que yo tengo de ella.

Ahí con Licha habíamos arreglado para hablar con las abuelas que estuvieran allí para invitarlas a agruparnos para trabajar, y ahí en esa misma plaza nos fuimos corriendo hacia un jacarandá florecido hermoso. Ese jacarandá es el que está justo enfrente de la puerta del Círculo Militar, ironía de las ironías, y ahí nos vimos por primera vez las doce primeras Abuelas. Ahí ya arreglamos para encontrarnos, y ahí siguió la historia de Abuelas.

¿Cómo se llamaba la organización en ese momento?

Abuelas Argentinas con Nietos Desaparecidos. Después con el tiempo, Hebe [de Bonafini] nos insistió con que nos uniéramos al grupo de las Madres. Nosotras sabíamos muy bien que no podíamos, porque la búsqueda era distinta, y los caminos distintos, muy distintos, e íbamos a tener problemas, así que no queríamos juntar las dos organizaciones. Nos reunió Pérez Esquivel, que nos ayudó mucho durante todo ese período, nos abrió las puertas en muchos lugares. Hizo una reunión Pérez Esquivel y nos reunimos las Madres y las Abuelas a discutir qué decidíamos, y decidimos aceptar sí el nombre de

Abuelas de Plaza de Mayo, porque todo el mundo ya nos llamaba Abuelas de Plaza de Mayo, y seguir cada una por su parte, pero trabajar todo lo junto que pudiéramos. Así nació Abuelas y fue creciendo, creciendo. El día de la creación debajo del jacarandá fue el 21 de noviembre del 77.

¿Dónde empieza tu intuición o quién te dio datos que te llevaron a orientar tu búsqueda hacia Marcela Noble Herrera?

¿Marcela Noble? Bueno, después quiero hablar un poco de mi hijo y mi nuera. Marcela Noble yo no sé por dónde llegó la primera sospecha mía, pero creo que fue cuando asumió Alfonsín. La señora de Noble se fue a Europa con sus chicos y los dejó en un colegio en Suiza. Después, cuando ya vio que no pasaba nada —ella pensaba que iba a haber algún pedido, pero nadie se ocupó, salvo nosotras—, entonces volvieron los chicos, pero antes paseó por toda Europa con ellos, siendo recibida por los principales personajes de toda la parte europea. Vi una foto donde estaban con el Papa. Yo tengo unos tobillos muy especiales, muy polacos, y ella, la nena, tenía mis tobillos, que yo no los veo en ningún otro lado más que en mí, entonces pensé: "Qué raro esta chica con unas piernas tan iguales a las mías cuando tenía esa edad". En todos los lugares a los que iban publicaban fotos en el *Clarín*, y después empezó a decir que sus hijos eran adoptados. Después me llamó Patricio Kelly para decirme que buscara en *Clarín*, que buscara ahí una, dos, tres veces, ya una sospecha. Después fueron sumándose otros datos, las cosas que iba recibiendo. Fui haciendo un gran álbum con todo lo que tenía de ella, una carpeta enorme que después la dejé en Abuelas, que está en Abuelas. Bueno, y fue creciendo. Cuando tuve fotos de ella, completas y actuales, más me convencí. Me enteré que la hija adoptiva o falsa de Noble había sido llevada a Buenos Aires por Juan Fiorillo, que integró una de las patotas de Camps, para ser entregada, y que habría intervenido monseñor Plaza. Todo eso coincidía con todas cosas que yo había ido aprendiendo de la unión, aprehendiendo. Fui acumulando y cada vez más me parecía, sin estar segura hasta tener los análisis, y además empecé a estudiar la historia de la familia Noble y después conseguí ese famoso libro —que hay tres nada más, dos en Estados Unidos y uno que nadie sabía y estaba ahí en la ESMA—, de Kelly, donde cuenta la historia de toda la búsqueda del emporio de Noble. Bueno, es tan largo de contar que prefiero eso dejarlo ahí nomás.

Quiero hablar un poco de Diana. Diana fue alumna mía en primer año del Liceo Víctor Mercante de la Universidad Nacional de La Plata, cuando tenía 12 años. Era una hermosísima criatura, e increíble, todo el mundo la admiraba por su pureza. Era como una cosa prístina, estaba siempre en el primer banco y me miraba mientras daba clases, sin imaginarnos jamás que iba a llegar a ser mi nuera.

¿Clase de qué dabas?

Educación visual e historia del arte. Más que nada historia del arte. Diana estudió humanidades. Su papá era Mario Teruggi, un reconocido geólogo. Es director del Museo de Ciencias Naturales acá. Y su madre era Genoveva Dawson de Teruggi, botánica, también profesora del Museo de la Facultad de allí, y tenía varios hermanos. Cuando pasó esto en la casa de ellos, que destruyeron su vida, todos ellos tuvieron que mandar a sus hijos al exterior, un desparramo de familia, como en todas. Diana era una excelentísima alumna en la universidad, muy querida, muy inteligente... y lo que me preguntabas hace un rato sobre Noble: la mamá, Genoveva, Quiupi le decimos, que todavía vive, es muy parecida a Marcela Noble, muy parecida. Eso también fue una de las pruebas que yo me puse para seguir buscando en esa dirección.

Mi hijo nació el 11 de enero del 48. Empiezo al revés... yo nací en San Rafael, Mendoza; el 19 de noviembre cumpla años yo. Del 23, este año voy a cumplir 89. Mi marido era de La Pampa y fue a la Universidad de Cuyo a estudiar música, y yo había ido a la Universidad de Cuyo a estudiar plástica, bellas artes. Ahí nos conocimos, ahí nos casamos. Nació nuestro hijo ahí, el 11 de enero del 48, y cuando tenía un año decidimos venimos a la Capital, porque mi marido tenía que seguir su carrera musical. En aquel

momento él tocaba la viola en la orquesta que se acababa de fundar en la Universidad de Cuyo, así que nos vinimos acá, rindió el examen en el Teatro Argentino, fue aprobado y nos vinimos enseguida los tres. Mi marido primero —rindió y se quedó acá trabajando— y yo me vine después con mi hijo de un año y nos instalamos acá en La Plata. Esa fue la iniciación nuestra. Cuando nos vinimos acá me inscribí en la Facultad de Bellas Artes de la ciudad de La Plata e hice toda la carrera de nuevo, y no me arrepiento. Acá seguí cerámica también.

Quiero mencionar un poco la vida de mi hijo. Nació en Mendoza, como dije antes, nos vinimos acá. Yo cuidé mucho de que estuviera gran parte de su tiempo en la casa de mis padres, que vivían cerca. Hizo esa vida que yo soñaba para él: arboles, juegos en el campo, perro para él solo; así que estaba un poco en la casa de mi madre, un poco en mi casa. Ya cuando tuvo que ir a la escuela lo trasladamos a nuestra casa definitivamente, y tuvo las mismas enseñanzas que tuve yo de mi padre, que fueron para mí muy valiosas y que han sido las que me permitieron soportar semejante drama en la vida, que ahora estoy sola, me quedé sin nada de familia ya. Estudió en la escuela primaria acá en La Plata, después la secundaria la hizo en un lugar que él pidió y anduvo buscando en qué colegio podía estar, porque no quería que nadie le hiciera sombra, él quería valer por sí mismo y no porque nos conocieran, a su padre y a su madre, que éramos nosotros.

Nos conocían mucho, sobre todo en el ambiente de la universidad, entonces él no quería sombra. Salió varias veces, nunca nos dijo adónde fue, pero no encontraba ningún colegio en La Plata en el que no nos conocieran. Hasta que un día vino y nos dijo que había un colegio donde nadie nos conocía (le mintieron, porque nos conocían, también). Fue a un colegio experimental, muy bueno, que le permitió desarrollar muchas actividades, una hermosa elección. En el último año del colegio secundario se presentó a una beca del American Field Service, en Estados Unidos. Fue un gran susto mío, pero antes había querido hacer un curso de planeador. Yo pasaba de susto en susto por las perspectivas que ponía por delante, y no le dimos con mi marido el permiso para los planeadores, pero entonces nos dijo: "Entonces, ¿me puedo presentar para una beca en los Estados Unidos?". "Bueno, sí", le dijimos, pensando que nunca la iba a ganar. La ganó y se fue un año a Estados Unidos con cuatro chicos de La Plata a distintas ciudades de allá.

Él hasta entonces pensaba estudiar física, y todos estábamos convencidos de que iba a estudiar física. Ya había demostrado que el arte nada, ni de plástica ni de la música, nada, cero, entonces iba a estudiar física. Cuando fue allá se encontró con un ambiente distinto: lo hicieron recorrer distintas universidades, distintos colegios. Tenía 17 años para 18, y era el último año de su secundaria. Al final volvió con la noticia de que no iba a estudiar física porque era de encierro y él quería actividades en la sociedad, con la gente, ayudar y todo lo que sueñan los chicos a esa edad. Entonces tenía que buscar qué estudiar. Le escribió al partido de Luciano... no me voy a acordar el nombre así que no lo voy a decir, pero le escribieron los hijos de este famoso político y le dijeron que, según ellos, por lo que él le había escrito de cuáles eran sus intereses, le convenía seguir ciencias económicas, pero desde lo político.

Lo siguió, entró a la facultad, hizo sus años de estudio e hizo un viaje que fue definitorio para su destino, quizás, un viaje que hizo con unos chicos que conocía de La Plata. Se fueron a Misiones a dedo y recorrieron todos los lugares que pudieron y aprendieron todo lo que pudieron. Encontraron un chico huérfano que vivía en las policías porque no tenía dónde dormir, andaba suelto por las calles. Se hizo amigo de ellos y les pidió que lo trajeran; mi hijo le dijo que me iba a pedir a mí que lo adoptáramos, y el chico se quedó con esa ilusión, porque no se lo iban a dar a él. Eso lo afectó muchísimo, y también una cárcel que vio, donde los tenían a los presos en muy mal estado, muertos de hambre, gritando por las ventanas, pidiendo un cigarrillo, eso también lo marcó. Y para colmo fueron para el interior de la zona y durmieron en una casa que fue del Che Guevara, de la familia del Che Guevara, y durmió en la cama que había dormido el Che Guevara, entonces venía enloquecido. Me contó y yo le pregunté: "¿Quién es el Che Guevara?", porque no tenía ni idea de quién era.

Así que ahí creo que él definió su destino. Entró en la facultad y ahí la conoció a Diana, se casaron y después ya toda su vida trunca. A él lo mataron el 1° de agosto del 77, en una esquina donde acababa de ir a mudar a Laura Carlotto, que era compañera de militancia de él; la había mudado porque la habían

seguido, y él volvió a la casa donde estaba ella, y ahí lo mataron en la esquina. Están todos los impactos en la pared todavía, hicieron ahora una pericia de las balas y hay restos de pólvora en el interior de los huecos que están en una pared donde hay un baldío de una cuadra, o sea que el viento, la luz, la lluvia de treinta y seis años no han borrado los rastros de las balas que están todas ahí. Ahora pusieron una baldosa en recordación de él, y a mí me cuesta mucho hablar de mi hijo porque era una criatura tan especial, tan inteligente, tan humano, tanto de querer ayudar y con un montón de perspectivas en el futuro y lo mataron allí, primero con los balazos y después lo patearon en el piso, dicen los vecinos.

Después busqué su tumba seis años hasta que al final me dijeron que habían tirado sus huesos a la fosa común del cementerio de La Plata, y lo mismo con los huesos de Diana. Así que me dediqué a buscar a su hija, Clara Anahí, tan querida por toda la familia.

En mi casa éramos pocos. Mi papá, polaco, venido de Cracovia por la guerra, que lo sacó la madre antes de que muriera con otros hijos de ella, acá se casó con mi madre, argentina, diecisiete años menor, una mujer que nunca estuvo enojada. Rarísimo, ahora me doy cuenta yo que era muy raro que nunca estuviera enojada; cualquier rabieta que se encontrara por el camino a los cinco minutos ya no existía más. Me hubiera gustado tanto que Clara Anahí conociera a esa abuela tan alegre, a ese abuelo, bisabuelo en realidad, tan reflexivo, tan ético, y a toda su familia. Pero no, la usaron para torturarnos a todos, durante todos estos treinta y seis años. Dijeron los esbirros de la dictadura primero que estaba en la casa, durante dos o tres años, después que la habían llevado los compañeros de mi hijo, después que había muerto, después el *Times* publicó que estaba en España y que la tenía mi hijo, que estaba vivo allá, y que se escribía conmigo y yo lo iba a visitar. Han inventado cuanta cosa pudieron, hasta la última carta que me mandó, una carta manuscrita de Etchecolatz diciéndome que la deje en paz, que está arriba con el Señor, feliz, y que yo la inquieto con mi búsqueda. Yo estoy convencida de que los esbirros de la dictadura cívico-militar se llevaron a los niños para torturarnos con su ausencia, y por eso nos pusieron tantas barreras en el camino para que nunca los encontráramos, en especial a Clara Anahí. Han inventado tanto, han mentado tanto. A mí no me pudieron matar hasta ahora. Pude hacer muchas cosas en este intervalo para ayudar a que no vuelva a pasar nunca más esto que me duele tanto. Hasta aquí llegué.